

# **PRIMEROS CONTACTOS ENTRE ESPAÑA Y LAS CULTURAS DEL LEJANO ORIENTE (CARTAS Y RELACIONES DE LOS SIGLOS XVI-XVII): LA PERSPECTIVA CORDOBESA**

---

ANTONIO CRUZ CASADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

## **RESUMEN**

Los primeros contactos entre la cultura española y las antiguas civilizaciones del extremo oriente se producen en la segunda mitad del siglo XVI. En este estudio se analizan especialmente las relaciones de España con Japón y se pone de relieve la perspectiva cordobesa, resaltando la importancia de un libro impreso en Córdoba, titulado *Historia de cosas de oriente* (1595), de Amaro Centeno, que divulga numerosas noticias del lejano oriente, así como las cartas del jesuita cordobés Juan Fernández, un interesante personaje, casi olvidado, que fallece en 1567, cuando predicaba el evangelio en aquellas regiones.

## **ABSTRACT**

The first contacts between the Spanish culture and the ancient far-eastern civilizations take place in the second half of the 16th century. In this research we focus upon the relationship between Spain and Japan, stressing the Cordoban perspective with, first, an important book printed in Córdoba, called *Historia de cosas de oriente* (1595), by Amaro Centeno, who publicized news from far East, and second, the letters of Cordoban Jesuit Juan Fernández, an interesting character, almost forgotten, who dies in 1567, when he was preaching the Christian faith in the far East.

**PALABRAS CLAVE:** Relaciones culturales entre España y el Lejano Oriente, siglo XVI, Japón, libro cordobés *Historia de cosas de Oriente*, Amaro Centeno, Jesuita cordobés Juan Fernández.

**KEY WORDS:** Cultural relationships between Spain and the Far East, 16<sup>th</sup> century, Japan, Cordoban book *Historia de cosas de Oriente*, Amaro Centeno, Cordoban Jesuit Juan Fernández.

Todo con efecto lleva y atrae hacia el Oriente porque todo tuvo allí su origen. El

hombre y el sol, las lenguas y los pueblos, las religiones y los filósofos, las tradiciones sagradas y populares, los objetos maravillosos y las plagas aterradoras<sup>1</sup>.

A finales del siglo XVI, en 1595, se publica en Córdoba un libro, de carácter divulgativo, con escasa unidad interna, en el que puede percibirse una intención claramente crematística. Se trata de una publicación con un carácter recapitulativo en la que se dan cita, a la manera de un reportaje moderno, diversos temas que pudieran llamar la atención del público lector de aquella época. Uno de estos temas es una descripción aproximada o resumida de lo que entonces se sabía de los países más exóticos de la tierra, sobre todo de algunos situados en Asia, en tanto que la segunda parte de la obra se ocupa con más detalle y orden de la historia de las cruzadas. El impreso en cuestión<sup>2</sup> se titula *Historia de cosas del oriente* y su autor o recopilador es Amaro Centeno, el cual en la portada se dice natural “de la Puebla de Senabria, en la Montaña de León”. En este mismo lugar se nos informa de que el libro ha sido “traducido y recopilado de diversos y graves historiadores” y, ya en el prólogo del impreso, se señala más claramente su origen, un texto italiano<sup>3</sup>, debido a fray Haytón o Aytono Armenio, al cual Amaro Centeno, un escritor que parece ser joven y un tanto neófito en estos menesteres editoriales<sup>4</sup>, ha añadido más noticias procedentes de diversas fuentes.

Elegimos este libro casi misceláneo, como partida para nuestra exposición, en primer lugar por tratarse de un impreso cordobés que nos parece poco atendido y utilizado, y además porque en él no aparecen muchos elementos de carácter religioso. En realidad, la mayoría de los textos que nos hablan del Extremo Oriente, a lo largo de los siglos

<sup>1</sup> Anónimo, “Literatura oriental. I”, *La Abeja. Revista Científica y Literaria Ilustrada, principalmente extractada de los buenos escritores alemanes, por una Sociedad Literaria*, Barcelona, 1864, tomo III, p. 107.

<sup>2</sup> He aquí la portada: “*Historia de cosas del Oriente*. Primera y segunda parte. Contiene una descripción general de los Reinos de Asia con las cosas más notables dellos. La historia de los Tártaros y su origen y principio. Las cosas del Reino de Egipto. La historia y sucesos del reino de Hierusalém. Traducido y recopilado de diversos y graves historiadores, por Amaro Centeno, natural de la Puebla de Senabria, en la Montaña de León. Dirigido al Licenciado Alonso Núñez de Bohórquez, oidor del Supremo Consejo del Rey Nuestro Señor y de la Sancta y general Inquisición. [escudo nobiliario]. Con privilegio real. Impreso en Córdoba, en casa de Diego Galván, impresor de libros. Año de 1595. A costa de Miguel Rodríguez, mercader de libros, y se venden en su casa”, graffa actualizada en éste y todos los textos citados. Las restantes referencias a esta obra se señalan en el cuerpo del texto mediante la indicación del folio correspondiente.

<sup>3</sup> Así lo escribe: “Mas viniendo al propósito que vamos, digo que siendo yo aficionado por natural inclinación a la lección de libros históricos verdaderos y aprobados por hombres doctos, con mi poco descanso y forzosas ocupaciones, he procurado algunos desta facultad en lengua toscana y en otras, y entre otros vino a mi poder uno que es la *Historia de cosas del Levante*, que escribió fray Haytón Armenio, por mandado del pontífice Clemente V. Y pareciéndome que era digno de nuestra lengua castellana gozase dél, como lo gozan la francesa, italiana y latina, me puse a traducirlo, lo mejor que yo supe y me fue posible [sic], y añádile en las partes que me pareció ser necesarias algunas advertencias de lo que ha sucedido después que escribió Haytono, para mayor claridad e inteligencia de los lectores”, *ibid.*, Prólogo “Al cristiano y discreto lector”, s.p. La versión latina del texto parece ser la siguiente: Hayton, Príncipe de Gorigos, *Historia orientalis, quae eadem et de Tartaris inscribitur*, s.l., s.a., 1671, en la BNM. Una versión francesa del mismo se encuentra en Louis de Backer, *L’Extreme Orient au Moyen Age, d’après les manuscrits d’un flamand de Belgique, moine de Saint-Bertin à Saint-Omer et d’un Prince d’Armenie, moine de Premontré à Poitiers*, Paris, Ernest Leroux, 1877, pp. 125-255, bajo el título de *Relation de Hayton, prince d’Armenie*. Aquí se nos informa sobre algunos datos del autor, llamado Hayton, señor de Corghos, monje en Chipre y luego en Poitiers, donde el papa Clemente V lo había llamado; allí dictó en francés a Nicolas Falcon lo que había retenido de sus viajes (en agosto de 1307); luego fue traducido al latín y de nuevo al francés en 1351.

<sup>4</sup> Entre los poemas de los preliminares, obra de Acisclo Muñoz, Juan Bautista Hurtado y Pedro Narváez de las Infantas, hay un soneto anónimo “De un amigo del autor a la Puebla de Sanabria, su patria”, en el que dice: “También te ha celebrado a ti Centeno / y te ha ofrecido como a padre amado / las primicias de sus primeras flores”.

XVI, XVII y XVIII, son fundamentalmente noticias de religiosos que viajan y predicán el evangelio en aquellos remotos lugares, a los que hay que añadir relatos de viajeros y navegantes que cuentan su propia experiencia. Nos interesa en la *Historia de cosas de Oriente* sobre todo la primera parte, titulada “Descripción general de los Reinos de Asia, con las cosas más notables dellos”, puesto que allí se ocupa del Catayo, o Catay, que es nombre que entonces recibía la China, de la India y de muchos otros reinos y regiones del mundo antiguo, como las tierras de los tártaros, Persia, Armenia, Egipto, etc.

A propósito del Catay o China, se dice que “es el mayor [país] de los que en el mundo se saben, llenísimo de gente y de infinitas riquezas; está puesto en la ribera del Mar océano, en el cual paraje tienen tantas islas que no ha habido nadie hasta agora que las sepa todas, ni es posible saber el número dellas cierto, mas aquellas por do se puede navegar hállase que abundan de riquezas y tesoros innumerables” (f. 1 v.). Como curiosidad señala el autor que uno de los bienes más preciados de los catayos o cataynos es el aceite de olivas, que lo utilizan como medicina y lo guardan como especial tesoro. Añade que los habitantes del Catay se consideran a sí mismos los más adelantados del mundo, al mismo tiempo que menosprecian a los extranjeros: “Los hombres de aquellas regiones –continúa el autor- son habilísimos y de trato astuto, y tienen a las demás naciones en poco acerca de las artes y sciencias; dicen que solos ellos ven lumbre con dos ojos, y que los occidentales y latinos ven con uno solo, y que el resto de las otras naciones son ciegos, en lo cual claramente se conoce que todos los otros son dellos tenidos por simples” (f. 1 v.-r.). Menciona también la sutileza e industria de los naturales, y que tanto los hombres como las mujeres son hermosos, “aunque todos comúnmente –precisa el escritor- tienen los ojos muy pequeños y de naturaleza no tienen barbas” (f. 1 v.). En lo que refiere a la religión señala que son idólatras: “unos adoran los ídolos de metal, otros los bueyes porque labran la tierra de donde nace el trigo y los demás alimentos, algunos otros tienen en gran reverencia los árboles, otros las obras de la naturaleza, otros el sol, otros la luna, y también hay algunos sin fe y sin ley que viven como bestias” (ibid.).

Entre las cualidades de este pueblo no figura, en opinión del autor, la valentía: “Los hombres no son animosos –comenta-, antes tienen más miedo de la muerte de lo que conviene a quien está siempre en armas como ellos. Pero en la guerra son muy industriosos, y más por mar que por tierra, y han tenido con esto muchas victorias de sus enemigos, tienen muchas suertes de armas que no tienen las otras naciones” (ibid.).

En realidad, el reino del Catay había penetrado hacía ya mucho tiempo en las obras de ficción occidentales, quizás a raíz de los viajes del veneciano Marco Polo, tenido como autoridad fiable en el libro que nos ocupa, reino considerado como un lugar exótico, lejano y muy rico, de donde procedía un personaje femenino de singular importancia y rendimiento en textos literarios de los siglos XVI y XVII; nos referimos a la hermosa princesa Angélica, heredera del Catay, a la que una reina rival, llamada Arsace, había usurpado su reino. Angélica llega a la corte del emperador Carlomagno pidiendo ayuda al noble personaje francés y a sus no menos nobles paladines, los llamados doce pares de Francia, aunque la mayoría de ellos se sienten perdidamente enamorados de la exótica viajera, hasta la locura en algún caso. Entre los más rendidos está Roland u Orlando, como se le llama en los textos italianos, porque son autores italianos, especialmente Mateo María Boyardo y Ludovico Ariosto, los que tratan el tema, especialmente en sus grandes obras *Orlando enamorado* y *Orlando furioso*. De aquí también tejió su tela el lucentino Luis Barahona de Soto, en su poema épico culto *Las lágrimas de Angélica* (Granada, 1586), retomando cabos sueltos de Ariosto, igual

que hacen otros autores de la talla de Lope de Vega, del cual podemos recordar por ejemplo su larguísimo poema *La hermosura de Angélica*, en veinte cantos, y su comedia *Angélica en el Catay*, o nuestro Góngora, que tomó su inspiración para componer el conocido romance “En un pastoral albergue”, también titulado “Angélica y Medoro”, de las mismas fuentes italianas. La belleza y relevancia del poema gongorino ha sido puesta de relieve por toda la crítica; en él se glosan los amores de la princesa oriental, calificada como “diamante del Catay”<sup>5</sup> y de un hermoso joven árabe Medoro, al que ha encontrado desangrándose entre la hierba, después de una dura batalla entre cristianos y musulmanes. Este inesperado amor es lo que provoca la ira del conde Orlando, prácticamente ausente del poema gongorino. He aquí un fragmento del mismo, en el que se nos presenta a la enamorada con el pecho desnudo y el hermoso mundo en que se hallan inmersos los amantes:

Desnuda el pecho anda ella,  
 vuela el cabello sin orden;  
 si le abrocha, es con claveles,  
 con jazmines, si le coge.  
 El pie calza en lazos de oro,  
 por que la nieve se goce,  
 y no se vaya por pies  
 la hermosura del orbe.  
 Todo sirve a los amantes:  
 plumas les baten, veloces,  
 airecillos lisonjeros,  
 si no son murmuradores;  
 los campos les dan alfombras,  
 los árboles, pabellones,  
 la apacible fuente, sueño,  
 música, los ruiseñores;  
 los troncos les dan cortezas  
 en que se guarden sus nombres,  
 mejor que en tablas de mármol  
 o que en láminas de bronce<sup>6</sup>; [...]

Ni siquiera Quevedo dejó de prestar su tributo al tema, aunque en su caso de forma muy irónica, con el tratamiento irrespetuoso y distanciador habitual en varias de sus obras, en el *Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando*. Una opinión negativa del personaje es la que nos transmite Cervantes, por boca de don Quijote: “Esa Angélica -respondió don Quijote-, señor cura, fue una doncella distraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura: despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un

<sup>5</sup> (Escondióse tras las rosas  
 porque labren sus arpones  
 el diamante del Catay

con aquella sangre noble), Luis de Góngora “En un pastoral albergue” *Obras completas, I, Poemas de autoría segura. Poemas de autenticidad probable*, ed. Antonio Carreira, Madrid, Biblioteca Castro, 2000, p. 205.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 207.

pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó a su amigo” (*Quijote*, II, 1) . Además, el mismo autor incluye en los preliminares de la primera parte de su novela un soneto, titulado “Orlando furioso a Don Quijote de la Mancha”, en el que, entre otras cosas, se dice:

“Orlando soy, Quijote, que, perdido  
por Angélica, vi remotos mares,  
ofreciendo a la Fama en sus altares  
aquel valor que respetó el olvido”.

En un ámbito más real que el de la amena literatura, tenemos en el Catay una especie de señuelo o referente de gran atractivo para los primeros navegantes y descubridores, tal como se aprecia, por ejemplo, en el diario de Colón, el cual confunde los primeros lugares americanos a los que llega con las tierras del Gran Kan y el Catay, considerado allí como una ciudad; así se dice en la relación del primer viaje, con fecha del 30 de octubre de 1492: “había de trabajar de ir al Gran Can, que pensaba que estaba por allí, o a la ciudad de Catay, que es del Gran Can, que dice que es muy grande, según le fue dicho antes que partiese de España. Toda aquesta tierra dice ser baja y hermosa y fonda la mar”<sup>7</sup>. Como se sabe, el almirante piensa que en su navegación ha encontrado la India, o las Indias, de ahí la designación habitual de Indias occidentales que se solía dar a las nuevas tierras descubiertas.

Pero volvamos ya al hilo básico de nuestra intención: los países del Lejano Oriente y la visión que se tiene de los mismos en Occidente, sobre todo en España. Junto al Catay, y con más detenimiento que el que se presta a la descripción de la antigua China, el libro cordobés que mencionábamos se ocupa también de la India. Los límites del enorme país aparecen expresados de la manera siguiente: “Comienza aqueste reino de los confines de Persia, y extiéndese por el oriente hasta una provincia que se llama Vallar, en el cual se hallan aquellas piedras preciosas llamadas ballasces; hacia septentrión tiene aquel largísimo y grande desierto de la India, en el cual dicen que Alejandro Magno halló tanta diversidad de serpientes y otros animales” (f. 4 r.). Se recuerda luego que este país fue visitado por el apóstol Santo Tomás y que aquí predicó el evangelio convirtiendo a numerosas gentes, pero que ahora la mayoría han dejado la ley de Cristo, salvo una ciudad. Continúa con la descripción geográfica señalando que “de la parte de mediodía [es decir, el sur] está el largísimo y anchísimo Mar Océano, adonde hay muchas islas, mas los hombres que las habitan son negros y andan desnudos del todo, por el mucho calor” (f. 4 r.-v.). Comenta que los habitantes de la India son idólatras y que tienen gran variedad de piedras preciosas, oro, especias, hierbas medicinales “que con su virtud ayudan a vivir a los hombres” (ibid). Habla de los rubíes y zafiros de la isla de Ceilán y que “el rey desta isla tiene un rubí, el mayor y mejor que hallarse puede, y cuando se ha de coronar por rey toma aquel rubí precioso en las manos y a caballo rodea toda la ciudad en torno, y habiendo hecho esto le rinden obediencia todos, como a rey y señor natural” (ibid.). Añade Amaro Centeno, en nota marginal que “Ceilán, a donde se hallan los rubíes y zafiros, hoy es del rey don Felipe [II], nuestro señor. Antiguamente se llamó Aurea Cherchoneso y Taprobana; descubriéronla los portugueses” (ibid.).

El mismo Centeno considera que las noticias que da el primer autor, Aytano, en el libro que le sirve para componer el suyo, están ya muy anticuadas e incluye un

<sup>7</sup> Cristóbal Colón, *Diarios, en Viajes medievales. Tomo 2*, ed. Miguel Ángel Pérez Priego, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2006, p. 417, grafía actualizada.

largo comentario sobre la llegada de los portugueses a la India, mencionando los reyes impulsores de la navegación, con la intervención decisiva de “don Vasco de Gama, caballero portugués que después fue Conde de Vidigueyra” (f. 5 r.), cosa que sucede en el año 1497; de esto se hace eco Luis de Camoens, en el canto quinto de su famosa *Lusiada*, de la que incluye una octava traducida al castellano, relativa a la fecha indicada. En este momento, al recordar al desgraciado rey don Sebastián, el escritor español señala de paso la fecha de redacción de su obra, aludiendo al momento en que se encuentra componiéndola: el “rey don Sebastián, que murió en África malograda muerte, el año pasado de setenta y ocho”. (Por lo tanto, aunque el libro se edite en 1595, la fecha de composición hay que situarla bastante antes, en torno a 1579). Tras detenerse en las importantes conquistas portuguesas, Amaro manifiesta su orgullo patrio por la gran extensión de las posesiones españolas, indicando que Ceilán y Cambaya, y otros reinos, “ya por la gracia de Dios son todos del potentísimo y católico rey don Felipe, nuestro señor, que en cuanto el sol alumbra con su redondo curso halla tierras suyas, de suerte que no se pone el sol en sus reinos, porque cuando se pone a los de poniente alumbra luego a los del oriente” (f. 6 v.). Tal favor especial de Dios se debe, en su opinión, a la obediencia que prestan los reyes españoles a la iglesia católica y al hecho de haber instaurado en sus reinos el tribunal de la Santa Inquisición.

Como puede verse, el libro *Historia de cosas del oriente* no es una simple traducción de un texto medieval tardío, sino que incorpora diversos materiales de acarreo y erudición *varia*, entre los que no puede faltar el libro de Marco Polo. A él se refiere, por ejemplo, cuando habla de la grandeza y señorío del gran Cam (sic, aunque ahora lo habitual sea Kan), indicando al respecto: “diré lo que dice Marco Paulo veneto [es decir, veneciano] en su libro primero y segundo de las regiones orientales<sup>8</sup>. Este Marco fue embajador al gran Cam de Gregorio Décimo, sumo pontífice, y estuvo en el Catay veinte y seis años, y se le debe dar mucho crédito, como se lo dan todos los que dél escriben” (f. 51 v.).

Son, sin embargo, escasas las noticias que incluye Amaro Centeno a propósito del Japón o Cipango, nombre que se le asignaba con alguna frecuencia a aquel país en el siglo XVI y que, al igual que con la India y el Catay, atrajo la atención de muchos navegantes, como sucede con Colón, el cual lo menciona varias veces en el diario de su primer viaje, dato que se comprueba en las anotaciones del día 13 de octubre, es decir, el siguiente a su llegada a las primeras tierras americanas, la isla de Guanahaní o Santo Domingo; entonces, viendo que algunos indígenas tienen colgantes de oro en la nariz, escribe lo siguiente: “Aquí nace en esta isla [se refiere a cierto tipo de algodón], mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe. Y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz; mas por no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango”<sup>9</sup>. Parece que el almirante la confunde con Cuba, como se desprende de la anotación del día 23 de octubre: “Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser

<sup>8</sup> El libro suele designarse a veces como *Costumbres y cualidades de las regiones de Oriente*; así lo designa, por ejemplo, fray Francisco de Pepuris en su traducción al latín: “Yo, fray Francisco de Pepuris de Bolonia, de los frailes predicadores, me veo forzado por muchos padres y señores míos a trasladar de lengua vulgar al latín en verídica y fiel traducción el libro del prudente, honorable y muy fiel micer Marco Polo de Venecia sobre las costumbres y cualidades de las regiones de Oriente, publicado y escrito por él en nuestro vulgar, a fin de que tanto los que gustan más del latín que del romance como los que no pueden entender en absoluto o difícilmente la propiedad de otra lengua, por la total diferencia del idioma o por la diversidad de giros, lo lean ahora con mayor deleite o lo comprendan con más presteza”.

<sup>9</sup> Cristóbal Colón, Diarios, en *Viajes medievales. Tomo 2*, ed. Miguel Ángel Pérez Priego, op. cit., p. 400.

Cipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza de ella y riqueza”<sup>10</sup>.

Con todo, hay varios textos coetáneos del impreso cordobés que pueden suplir esa laguna, entre los que está, por ejemplo, el brillante atlas comentado de Abraham Ortelius, que fue traducido al castellano en la segunda mitad de aquella centuria, en 1588 está fechada la edición de Amberes, en las prensas de Cristóbal Plantino, bajo el título de *Teatro de la tierra universal* (el original en latín, *Theatrum Orbis Terrarum*, es de 1570); en él aparecen incluidas las numerosas islas que forman el Japón en el mapa dedicado a la India. Hay en esta representación gráfica, en el amplio mar que rodea a las numerosas islas, seres de aspecto mitológico, como las sirenas o los tritones, junto con animales enormes, también marinos, tan grandes como barcos (hay dibujado un bergantín, que sirve de referencia), a la manera de una pareja de grandes cetáceos o plesiosaurios prehistóricos (pensemos en las representaciones más generales del monstruo del lago Nes); estos monstruos aparecen situados en el ángulo del océano que forman el Japón y América. En cuanto al texto que acompaña el mapa, nos aporta una información básica de lo que se sabía hasta ese momento del lejano país: “Primeramente –escribe Ortelius- [la India tiene la isla de] Japan, por M. Paulo Veneciano llamada Zipangu. La cual porque hace pocos años a muy pocos era conocida, quiero decir aquí algo della. Es isla muy espaciosa y tiene casi la misma situación, en respecto del cielo, que Italia. Los moradores son muy dados a la religión, letras y sabiduría, y grandes pesquisidores de la verdad. No tienen cosa más frecuentada que la oración, la cual hacen a nuestro modo en sus iglesias. Reconocen un príncipe, a cuyo imperio y mando están. Y éste tiene su superior, que llaman Voe, acerca del cual está el supremo gobierno y mando de las cosas sagradas y religión. A éste fía la gente la salud de sus almas. Adoran a un solo Dios, dibujado con tres caras, de lo cual ninguna razón saben dar. Los niños entre ellos se bautizan; y procuran de enflaquecer sus cuerpos con ayunos, en testimonio de penitencia. Señálanse como nosotros con la señal de la cruz contra los asaltos del demonio, tanto que parecen imitar a los cristianos en religión y modo de vivir. Y con todo esto trabajan muy mucho los Padres de la Compañía de Jesús, para fundarlos del todo en la religión cristiana. Tiene también las islas Mollucas, famosas por la mucha fertilidad de especies y nobles por el avecilla Manucoddiata, la cual nosotros llam[am]os Ave del Paraíso”<sup>11</sup>.

Añade luego el cartógrafo una amplia serie de autoridades clásicas que han hablado de la India en sus obras, desde Diodoro Sículo a los más recientes humanistas, pero no encuentra casi nada con respecto a Japón, limitándose a señalar: “Mira también las epístolas de los jesuitas, en que toparás muchas cosas para conocimiento de la isla Japónica”<sup>12</sup>.

Y efectivamente, las cartas de los jesuitas portugueses y españoles son una fuente inestimable de información sobre aquel país oriental cuando comienza a ser conocido en el mundo occidental, de tal manera que se convierten en un repertorio de noticias sobre la geografía, las costumbres, la historia, la religión o la biología del Japón. Muchas de estas cartas aparecen coleccionadas en volúmenes, que tuvieron una gran difusión y una buena acogida por parte del público.

Recordemos, por ejemplo, el ampliamente titulado *Cartas que los padres y*

---

<sup>10</sup> Ibid., p. 412. Sobre la atracción del lejano oriente en la mentalidad de Colón, cfr. Blanca López de Mariscal, “La visión de Oriente en el imaginario de los textos colombinos”, en *Revista de Humanidades. Tecnológico de Monterrey*, núm. 20, 2006, pp. 131-147, ahora accesible en [cervantesvirtual.com](http://cervantesvirtual.com).

<sup>11</sup> Abraham Ortelio, *Teatro de la tierra universal*, Amberes, Cristóbal Plantino, 1588, f. 94 r.

<sup>12</sup> Ibid.

*hermanos de la Compañía de Jesús, que andan en los Reinos de Iapón escribieron a los de la misma Compañía, desde el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, hasta el de mil y quinientos y setenta y uno. En las cuales se da noticia de las varias costumbres y idolatrías de aquella gentilidad, y se cuenta el principio y suceso y bondad de los cristianos de aquellas partes* (Alcalá, 1575), que es coetáneo (e incluso un poco anterior, en algún caso) a los volúmenes geográficos o divulgativos del último tercio del siglo XVI, ya citados.

Se trata, en este caso, de una traducción de un original portugués, cuya iniciativa editorial corresponde al conocido impresor de libros de caballerías Juan Ñíguez de Lequerica, tal como él mismo manifiesta en la dedicatoria al Duque del Infantado, con que se abre el impreso. Allí escribe: “Imprimiéronse en portugués, ilustrísimo señor, las cartas que los padres de la Compañía de Jesús han escripto desde los reinos de Iapon a Europa; y yo procuré que se tradujesen ahora en castellano, y junté otras no impresas, para que no careciésemos de cosa tan buena y tan a propósito para toda suerte de gente. Verse ha en ellas cómo la divina bondad ha abierto una puerta, por la cual van entrando en el conocimiento de la verdadera fe y obediencia a la sancta Iglesia Romana muchas más almas que las que por malicia del demonio y de los herejes miembros suyos se han salido en estas Provincias de Europa”<sup>13</sup>. Recordemos que por esta época tienen lugar diversas guerras de religión en Europa, hecho que causaba especial preocupación en el catolicísimo rey Felipe II, del cual se dice que había comentado en alguna ocasión que él mismo era capaz de llevar leña con sus propias manos para quemar a su hijo, si éste fuera hereje<sup>14</sup>, rey que, por otra parte, no dudaba en gastarse el cuarenta por ciento del presupuesto nacional para construir, a lo largo de veinte años largos, uno de los grandes templos de la cristiandad, el real monasterio del Escorial (de 1563 a 1584, período de construcción). No es de extrañar, por lo tanto, que proliferasen en la época los libros religiosos y de moral católica, tal como en el fondo pueden ser consideradas estas cartas de jesuitas. Julio Caro Baroja señala al respecto que, en el Siglo de Oro (entre 1500 y 1670), se imprimieron en España casi seis mil libros de este tipo<sup>15</sup>, en su mayor parte olvidados ahora. Además, Ñíguez de Lequerica, pone de relieve que el volumen que ahora presenta trata de historias reales, pero tan interesantes que pueden equiparse a las ficticias y fabulosas de que andaban llenos los libros profanos más leídos de la época, los de caballerías, muchos de los cuales habían salido de sus mismas prensas. De esta manera continúa diciendo: “También se nos proponen [en las cartas] acaescimientos de tanto ejemplo y edificación, que necesariamente han de ser de mucha utilidad y fructo a las almas; y con un llano y sencillo estilo se refiere una verdadera historia en nuestros tiempos y de cosas tan remotas y peregrinas que con razón admirarán y deleitarán juntamente a los que las leyeren”<sup>16</sup>.

El volumen en cuestión se abre con una biografía del padre Francisco Javier,

<sup>13</sup> *Cartas que los padres y hermanos de la Compañía de Jesús, que andan en los Reinos de Iapón escribieron a los de la misma Compañía, desde el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, hasta el de mil y quinientos y setenta y uno. En las cuales se da noticia de las varias costumbres y idolatrías de aquella gentilidad, y se cuenta el principio y suceso y bondad de los cristianos de aquellas partes*, Alcalá, Juan Ñíguez de Lequerica, 1575, preliminares.

<sup>14</sup> Cfr. Antonio Cabezas, *El siglo ibérico de Japón. La presencia Hispano-Portuguesa en Japón (1543-1643)*, Valladolid, Universidad, 1995, p. 135.

<sup>15</sup> Tomando como base el conocido catálogo de Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova*, Caro Baroja encuentra que los libros publicados de materia religiosa alcanzan la alta cifra de 5.835, frente a los 5.430 de cualquier otra materia, incluida la literatura y la historia, que no sea de carácter religioso, cfr. Julio Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, Barcelona, Sarpe, 1985, p. 49.

<sup>16</sup> *Cartas que los padres y hermanos de la Compañía de Jesús, que andan en los Reinos de Iapón escri-*

todavía no canonizado cuando se edita el libro (lo sería unos cincuenta años después, en 1622)<sup>17</sup>, semblanza personal a la que siguen una descripción de la India y del Japón y numerosas cartas de componentes de esta orden religiosa. Entre los que narran sus vivencias en aquellas lejanas tierras está el propio santo navarro antes mencionado, aquí incluido bajo el nombre de “padre maestro Francisco”, el valenciano Cosme de Torres y el cordobés Juan Fernández, los cuales habían llegado al nuevo país el día 15 de agosto de 1549. Son curiosas e inmediatas, fruto de la experiencia directa de todos ellos, las noticias que nos transmite este grupo de religiosos españoles, junto a los que figuran también varios más de origen portugués pertenecientes a la misma orden. Así, por ejemplo, el futuro San Francisco escribe desde Cangojima, el 5 de noviembre de 1549: “De Iapon, por la experiencia que de la tierra tengo, he alcanzado a saber esto. Primeramente, la gente con que hemos conversado es la mejor que hasta ahora está descubierta; y me parece que entre gente infiel no he hallado otra que les haga ventaja. Es gente de muy buena conversación, generalmente buena y no maliciosa, gente de honra mucho a maravilla y estima más la honra que ninguna otra cosa. La pobreza, así entre los nobles como entre los otros, no se tiene por afrenta. Tienen una cosa, que ninguna parte de los cristianos me parece que tiene, y es ésta: que a los nobles, por muy pobres que sean, les tienen tanto respeto los que no lo son cuanto les tendrían siendo muy ricos [...], de manera que estiman más la honra que las riquezas. Es gente de muchas cortesías unos con otros –añade–; precian las armas y confían en ellas; traen siempre espadas y puñales, así nobles como gente baja” (f. 39 v.).

Más adelante, en la misma epístola, menciona otros aspectos de la civilización recién conocida que le han llamado la atención: “no matan ni comen cosa que crían; algunas veces comen pescado. Hay también arroz y trigo, aunque poco. Hay muchas yerbas de que se mantienen y frutas. Vive la gente muy sana a maravilla y hay muchos viejos. Bien se ve en los japoneses [designación habitual en lugar de japoneses], como nuestra naturaleza se sustenta con poco, aunque no hay cosa que la contente. Vivimos en estas tierras muy sanos de los cuerpos; pluguiese a Dios que así fuese con las almas” (f. 44 r.), concluye el religioso.

Por su parte, el padre Cosme de Torres, ofrece también una visión muy positiva de los moradores de estas islas, y así escribe, en 1551: “Son estos japoneses gente muy dispuesta para plantar en ellos la fe de Jesucristo, porque son discretos y se rigen por razón: son curiosos de saber y platicar cómo salvarán sus ánimas y servirán a su criador. Tienen buena conversación y usan grandes cumplimientos unos con otros, que parecen hombres criados en palacio. Murmuran poco de sus próximos, no son envidiosos ni jugadores, porque así matan por jugar como por hurtar. Tienen por pasatiempo ejercitarse en las armas, en las cuales son muy diestros, o en la poesía, y los más de los caballeros se ejercitan en ello. Si hubiera de escribir todas las buenas partes que hay en ellos, no me faltaría materia” (f. 48 v.). El mismo religioso se hace eco de la calidad de la tierra, de los frutos que produce y del carácter de sus moradores: “esta tierra de Iapon –escribe en otra epístola de 1561– está en el mismo clima y altura que España. Tiene, según dicen, seiscientas leguas de largo. Es tierra muy fértil y da dos frutos al año,

---

*bieron a los de la misma Compañía*, op. cit., preliminares. Las restantes referencias a este volumen se indican en el cuerpo del trabajo, mediante la referencia del folio correspondiente.

<sup>17</sup> Entre las numerosas obras que engendra el suceso, hemos visto una aportación andaluza, la del ecijano Francisco Núñez Navarro, *Sermón a las canonizaciones de San Ignacio de Loyola, patriarca de la Compañía de Jesús, y de su súbdito e hijo San Francisco Javier, apostol del Oriente*, Sevilla, Gabriel Ramos Bejarano, 1622.

trigo en mayo y arroz en septiembre. Las aguas cargan acá el verano, como la India. Tiene muchas fructas, y muchas dellas semejantes a las de España. Hay muchas minas de plata. Es la gente muy belicosa y en los puntos de honra [se] parecen a los romanos antiguos” (f. 97 v.).

Por lo que respecta al padre Juan Fernández, natural de Córdoba, como hemos indicado, se le suele olvidar un poco con respecto a los otros misioneros del lejano oriente, y sin embargo, su personalidad nos parece de lo más interesante. Fue uno de los tres primeros jesuitas que entró en Japón, junto con los citados Cosme de Torres y Francisco Javier; de él hay varias cartas en el volumen de 1575, en las que se ocupa de doctrina cristiana y de métodos y recursos para convencer dialécticamente a los nuevos cristianos. Pertenecía a una familia de comerciantes en seda, en Córdoba, y marchó a Lisboa, en viaje de comercio, pero allí sintió la llamada de la religión, e ingresó en la orden de los jesuitas, sometido al principio a algunas pruebas, un tanto vejatorias, como era habitual en algunas comunidades religiosas, que tenían como fin la mortificación de la voluntad y el rebajamiento del orgullo. Así, se nos dice que se le obligó a cabalgar en un burro, ataviado con su rica ropa de mercader, pero al revés, mirando hacia la parte de la cola, como solían hacer determinados personajes ridículos en las fiestas de los locos de la Edad Media, cuando se representaba el mundo al revés, aunque en el fondo este curioso hecho puede considerarse un simple método de ludibrio, de chanza o de escarnio, cuando no un castigo<sup>18</sup>. En el Japón, Juan Fernández aprendió bastante pronto la lengua del país y llegó a componer incluso una gramática de aquel idioma, la primera gramática japonesa, y un diccionario español-japonés y japonés-español (*Dictionarium Iaponicum duplex*, según los bibliógrafos<sup>19</sup>), textos indispensables para un conocimiento adecuado del idioma y para la consecutiva evangelización. Sin embargo, Fernández fallece pronto, relativamente joven, con algo más de cuarenta años, a consecuencia de una tuberculosis pulmonar, adquirida, según se dice, como consecuencia de sus rigores ascéticos y apostólicos, el día 26 de junio de 1567, en la ciudad de Hirado; había nacido, hacia 1526, en nuestra capital, como hemos indicado. Un compañero de profesión se refería a él en los siguientes términos: “El Hermano Juan Fernández es el principal en evangelizar la ley de Dios en Japón, porque además del buen ejemplo que da con su vida, en todo desprecio y mortificación, hállanle los japoneses una gracia en el hablar, que ellos llaman *mushare* (sencillez), y gustan mucho de oírlo. Predícales con eficacia y con todos los gestos y ceremonias que tienen los japoneses, que son la gente más ceremoniosa que vi. Y siendo hombre sin letras, con el ejercicio de las disputas y conversaciones espirituales y de explicar las cosas de la fe a quien pregunta por ellas, y también con la continua oración y lección de libros santos, tiene tal luz en el conocimiento de las cosas de Dios, que creo que no hay muchos teólogos que penetren

<sup>18</sup> En algunos ambientes militares, lo hemos encontrado como castigo de algún comportamiento deshonesto, como el pillaje: “igual castigo deberá darse a los que saquearen a los enemigos y a los que huyesen con la presa en el mismo acto de la guerra; además de esto, el delincuente será llevado por todo el ejército en una yegua o asno, montado al revés, llevando agarrada la cola en lugar del freno” (“Partidas, 2, tit. 26: De la parte que los hombres deban haber de lo que ganaren en las guerras”), apud Antonio Javier Pérez y López, *Teatro de la legislación universal de España e Indias*, Madrid, Antonio Espinosa, 1798, tomo XXVII, p. 407. El mismo sistema punitivo se señala a propósito de los hechiceros, de lo que queda eco, todavía en el siglo XX, en algún poema de Emilio Carrere: “;Gran día para el vulgo; torreznos de hechicero, / que en un asno sarnoso va montado al revés; / buen racimo de brujas en el santo brasero, / y habrá toros después” (“Fiestas de bodas reales”, *Panderetas de España*, 1930), apud Rafael Cansinos Asséns, *La nueva literatura. La evolución de la poesía*, en *Obra crítica*, ed. Alberto González Troyano, Sevilla, Diputación, 1998, I, p. 639.

<sup>19</sup> Cfr. Rafael Ramírez de Arellano, *Ensayo de un catálogo biográfico y bibliográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba*, Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1921, tomo I, p. 200.

tan de raíz las cosas y que las entiendan tan bien para explicarlas como él. Decíame Cosme de Torres que poco podía hacer en Japón si Juan Fernández muriese”<sup>20</sup>.

Si muchos evangelizadores cristianos fallecen de muerte natural, otros misioneros hispanos sufren el martirio. Es lo que sucede con los primeros de todos ellos, entre los que se encuentra el religioso franciscano, oriundo de Méjico, San Felipe de Jesús<sup>21</sup>, de 24 años, martirizado junto con seis franciscanos europeos más, tres jesuitas japoneses y 17 laicos también japoneses; en total son 26 mártires cristianos<sup>22</sup> que fueron crucificados en las afueras de la ciudad de Nagasaki, el 5 de febrero de 1597, como resultado de una persecución desencadenada por el daimyo Toyotomi Hideyoshi; la mayoría de ellos serían beatificados posteriormente, en 1627.

A todo esto, abundaban cada vez más los textos impresos que incluían noticias y descripciones de los países del extremo oriente, escritos en latín, portugués o español, además de los compuestos en otros idiomas occidentales, como el francés, el italiano o el inglés. En las principales lenguas de la Península Ibérica (el latín era entonces la lengua internacional) se habían editado, para mediados del siglo XVII, más de setenta volúmenes, como puede verse en la relación parcial de los mismos que se incluye en la traducción castellana de los viajes de Mendes Pinto, titulada *Historia oriental de las peregrinaciones de Fernán Méndez Pinto* (1645), realizada por Francisco de Herrera Maldonado<sup>23</sup>. Se trata de un “Catálogo de los autores que han escrito de las Indias Orientales, Japón y China, y de sus situaciones, navegación y conquistas”, relación en

<sup>20</sup> Apud Antonio Cabezas, *El siglo ibérico de Japón. La presencia Hispano-Portuguesa en Japón (1543-1643)*, op. cit., pp. 133-134. Tenemos noticia de otros estudios sobre el tema, que no hemos podido consultar, entre los que se encuentran: Emilio Sola Castaño, *Relaciones entre España y Japón (1580-1614)*, Madrid, Universidad Complutense, 1971, 3 vols., tesis doctoral, Osami Takizawa, *Tradiciones medievales y nuevos elementos en la misión del Japón: primeros contactos entre Japón y España: siglos XVI-XVII*, Madrid, Universidad Complutense, 2007, tesis doctoral, etc.

<sup>21</sup> Sobre este santo, cfr. Baltasar de Medina, *Vida, martirio y beatificación del invicto protomártir del Japón San Felipe de Jesús, patrón de México, su patria, imperial corte de Nueva España, en el Nuevo Mundo*, México, Juan de Ribera, 1683. Más biografías de mártires de Japón, de 1597, pertenecientes a diversas órdenes religiosas en el libro de Eustaquio María de Nanclares, *Vidas de los mártires del Japón San Pedro Bautista, San Martín de la Ascensión, San Francisco Blanco y San Francisco de San Miguel, todos de la Orden de San Francisco, naturales de España, seguida de una reseña biográfica de los 22 restantes no españoles, y la de San Miguel de los Santos, confesor, de la Orden de Trinitarios descalzos, y español igualmente*, Madrid, Imprenta de la Esperanza, 1862.

<sup>22</sup> Una relación detallada de los mismos, en wikipedia, art. “Los 26 mártires de Japón”. La misma cuestión aparece en el “Catálogo de los mártires que hubo en Japón, desde el año de mil y quinientos setenta y cuatro hasta el de mil seiscientos y quince”, incluida en el libro del jesuita Luis Piñeiro, *Relación del suceso que tuvo nuestra santa fe en los reinos del Japón, desde el año de seiscientos y doce hasta el de seiscientos quince, imperando Cubosama*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1617, p. 510 y ss.

<sup>23</sup> *He aquí el título completo: Historia oriental de las peregrinaciones de Fernán Méndez Pinto, portugués, adonde se escriben muchas y muy extrañas cosas que vio y oyó en los reinos de la China, Tartaria, Sornao, que vulgarmente se llama Siám, Calamiñam, Peguu, Martabán, y otros muchos de aquellas partes orientales, de que en estas nuestras de occidente hay muy poca o ninguna noticia. Casos famosos, acontecimientos admirables, leyes, gobierno, trajes, religión y costumbres de aquellos gentiles de Asia*. Traducido del portugués en castellano por el licenciado Francisco de Herrera Maldonado, canónigo de la Santa Iglesia Real de Arbas. [...], Valencia, Herederos de Cristótopo Garriz, 1645. He aquí lo que nos dice un historiador actual: “Fernando Mendes Pinto, hombre de vida alucinante, que recorrió todo el Oriente, entrando por unos meses en el noviciado jesuita, rico mercader, amigo de Xavier y de Sorin, escritor brillante y clásico en lengua portuguesa, estuvo ciertamente en Japón durante los primeros años del comercio. Antes de morir en 1583, dejó escritas sus memorias, tituladas *Peregrinación*, que fueron editadas póstumamente en 1614. Cuatro veces visitó Japón antes de volver a Portugal en 1558, donde llevó una vida pobre hasta el final de sus días. Felipe II le pasó una pequeña pensión en 1583, unos meses antes de que muriese. Al entrar en los jesuitas, donó a la Orden todas sus riquezas; y al salir varios meses después, salió sin una blanca. En 1633 Tsuzzu

la que figuran Juan de Barrios, Fernán López de Castañeda, Jerónimo Osario, Damián de Gor, Antonio Galván, Juan Pedro Maseo, Juan de Lucena, Pedro de Ribadeneira y muchos más.

Como puede deducirse de esta lista, las noticias del Japón y de otras tierras lejanas nos llegan sobre todo por medio de libros de historia general y eclesiástica, y también por cartas o por relaciones más o menos circunstanciadas, como el relato que nos transmite la experiencia de un grupo de españoles y mejicanos en el Japón, procedentes todos ellos de Méjico, lugar más cercano geográficamente que España para viajar a las lejanas islas. Este relato anónimo y poco conocido, que aparece fechado el 22 de enero de 1614, se titula *Relación del viaje hecho para el descubrimiento de las islas llamadas "Ricas de oro y plata", situadas en el Japón, siendo virrey de la Nueva España y su hijo, Sebastián Vizcaíno, general de la expedición* y en él se hace una narración bastante circunstanciada de la larga travesía, puesto que salen de Acapulco en 1611 y, tras recalar en Manila, emprenden la expedición a Japón. Los descubridores se encuentran con numerosos problemas a lo largo del viaje, como diversos huracanes que abren vías de agua en el casco del navío, a veces casi imposibles de tapar, puesto que, como dice el autor, eran "del grosor de un muslo"<sup>24</sup>; el agua embarcada en el puerto de origen resulta ser muy mala a la larga, casi salada y se dan cuenta de que algunas pipas están medio vacías; finalmente, consiguen llegar al destino previsto y comienza el intercambio epistolar con las autoridades y los regalos consecutivos. La estancia ofrece a los españoles y mejicanos diversas sorpresas, como cuando asisten a una regia boda, en la que todo transcurre en un completo silencio: "Salió la novia desta corte a 10 del dicho mes para la de Corunga, a recibir la bendicion de su abuelo, con tanto aparato y acompañamiento de gente de guerra y criados, con cuarenta doncellas y camareras en sus sillas, todas guarnecidas de oro y plata muy curiosas, y en particular en la que iba la novia. De manera que no se puede creer que reina fuese con mayor aparato, porque de criados, criadas y otra gente iban más de cuatro mil personas, y con la recámara más de quinientos caballos; y todo con tanta quietud y silencio, que parecía que no iba nadie con ella"<sup>25</sup>. Claro que el resultado de la expedición no es el apetecido, los viajeros no consiguen llegar a las islas buscadas, aunque el texto incluye numerosos datos más sobre la forma de ser de los japoneses y sobre su religión; he aquí una observación a propósito de la última cuestión: "Tienen catorce leyes, y todas se encierran en una, que es ser esclavos del demonio"<sup>26</sup>, y confiesan que es malo; que los dioses que adoran son Cames y Fotoques. Los Cames son a quien piden las cosas temporales, y los Fotoques a

---

calificó la *Peregrinación* como "un libro de camelos". En Inglaterra Mendes Pinto fue conocido como "el príncipe de los embusteros", porque así lo llamó Congreve en *Amor por amor*", etc., Antonio Cabezas, *El siglo ibérico de Japón. La presencia Hispano-Portuguesa en Japón (1543-1643)*, op. cit., pp. 100-101.

<sup>24</sup> *Relación del viaje hecho para el descubrimiento de las islas llamadas "Ricas de oro y plata", situadas en el Japón, siendo virrey de la Nueva España y su hijo, Sebastián Vizcaíno, general de la expedición*, en Luis Torres de Mendoza, *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacadas de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*, Madrid, Imprenta de Frías, 1867, tomo VIII, p. 107.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 153.

<sup>26</sup> Todavía en el siglo XVIII, el padre Feijoo recordaba que los japoneses estaban en manos del demonio, aduciendo en su argumentación un texto francés: Mas donde el demonio ejerce con mayor crueldad su dominio, que en todo el resto del Oriente, es en el Japón. Allí se saciaría, si fuese saciable, de víctimas humanas y de mortificaciones horribles. Hay en el Japón varias Sectas de Idolatras. Las principales son las de Xaca, del Budso y de Amida. Especificar en qué se distinguen estas Sectas y de dónde toman sus nombres, sería aquí muy prolijo, sin ser del caso. Lo que nos importa es ver cómo es servido de estos miserables el demonio. El P. Charlevoix, que en nueve tomos escribió la *Historia del Japón*, en el cap. 13 del primero, nos satisface cum-

quien piden salvación. Unos dicen que la hay, otros dicen que no, y que la gloria es ser un hombre rico gentil-hombre, privar y mandar, sustentar grande fausto y tener muchas mujeres y buenas; y al contrario el infierno ser un pobre, lisiado, enfermo, y no tener mujer, aborrecido, y sobre todo pobreza y vejez”<sup>27</sup>. Quién sabe, pensamos nosotros, si no tendrían su parte de razón los que así sabían distinguir entre los elementos que configuran al cielo y al infierno como algo que ya estamos experimentando.

Esta relación anónima, como hemos podido comprobar, tiene un estilo un tanto pedestre, pobre y reiterativo, pero muy pronto, varios escritores relevantes, se ocuparon de estas cuestiones orientales componiendo obras de tipo histórico y otras de invención literaria. Es lo que sucede con el Fénix español, el fecundísimo ingenio madrileño Lope de Vega, “poeta del cielo y de la tierra”<sup>28</sup>, como se decía en una parodia sacrílega del Credo, que corría en determinados círculos culturales de la corte madrileña. Con respecto a la expresión señalada, hay que tener en cuenta que el término *poeta* significa creador, con lo que se está equiparando al gran escritor con Dios, también en el aspecto etimológico. A Lope debemos al menos dos obras relacionadas con la presencia japonesa en nuestra cultura áurea, con las que queremos concluir nuestra aproximación. Se trata de una relación y una comedia, tituladas respectivamente *Triunfo de la fe en los reinos del Japón por los años de 1614 y 1615*, editada en 1618 y reeditada unos diez años después (en 1627)<sup>29</sup> y *Los primeros mártires del Japón*, pieza teatral que nos ha llegado manuscrita, si bien su composición se atribuye también, en parte, al granadino

---

plidamente sobre este artículo. De las Sectas de Xaca y del Budso, que de la India se comunicaron al Japón, dice lo siguiente: “La doctrina exterior de Xaca halló, sobre todo en estos isleños, admirables disposiciones para darle curso y esplendor. No hay cosa en efecto que les parezca difícil, cuando se trata de procurarse una felicidad eterna y honrar a sus Dioses. De aquí vienen aquellas escenas trágicas tan frecuentes de toda edad y de todo sexo, que se dan la muerte a sangre fría, y aun con regocijo, persuadidos a que esto es muy grato a sus Dioses, quienes los recibirán al momento en el Paraíso, sin nueva prueba de su virtud”.[...] Luego habla de los adoradores de Amida, que es la deidad que más séquito tiene en todo el Imperio del Japón, en esta forma: “Los Sectarios de Amida, dice, se hacen encarcelar en unas cavernas, donde apenas tienen espacio para estar sentados, y donde no pueden respirar sino por un tubo, que tienen cuidado de conservar. Allí se dejan morir de hambre tranquilamente con la esperanza de que Amida vendrá a recibir su alma al salir del cuerpo. Otros se colocan sobre las puntas de unas rocas altísimas, donde hay minas de azufre, de que a veces salen algunas llamas; y allí están invocando sin cesar la deidad, rogándola que acepte el sacrificio de su vida; y luego que parece alguna llama, tomándola por señal de consentimiento del Dios, se arrojan [de] cabeza lo primero por aquellos precipicios, en que se hacen pedazos. Otros se tienden en tierra al encuentro de los carros en que llevan sus ídolos en procesión, para que las ruedas los quiebren los huesos y estrujen el cuerpo. Otros, finalmente, en las grandes solemnidades, en que es mayor el concurso al Templo, se postran a la entrada, esperando a que cuando sea mayor el aprieto de la gente al entrar o al salir los pise y sufoque”, Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, “Carta XVII. Como trata el demonio a los suyos”, *Cartas eruditas y curiosas*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1770, tomo III, pp. 162-163.

<sup>27</sup> *Relación del viaje hecho para el descubrimiento de las islas llamadas “Ricas de oro y plata”*, op. cit., p. 187.

<sup>28</sup> Sobre esta expresión, cfr. Agustín González de Amezáua, *Lope de Vega en sus cartas*, Madrid, Escelicer, 1940, vol. II, p. 249.

<sup>29</sup> Una relación similar, aunque más amplia y abarcadora que la de Lope, referida a la misma persecución, es la del jesuita Luis Piñeiro, *Relación del suceso que tuvo nuestra santa fe en los Reinos del Japón, desde el año de seiscientos y doce hasta del seiscientos y quince, imperando Cubosama*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1617, con más de quinientas páginas, en tanto que el texto de la ya citada de Lope, *Triunfo de la fe en los reinos del Japón por los años de 1614 y 1615*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1618, supera en poco los cien folios, más los índices de cosas notables y de sentencias, que no están paginados, y los preliminares de la edición. Lope reconoce, en el texto, que se ha servido de otras relaciones enviadas por religiosos de Manila: “escribo los martirios, no testigo de vista, que no fue mi dicha tanta, pero por las relaciones de algunos padres, que me las enviaron desde Manila, a efeto que en el estilo con que he nacido las publicase”, f. 6 r.

Mira de Amescua<sup>30</sup>. Por otra parte, hay que aclarar que el título de la comedia resulta incorrecto desde el punto de vista del contenido, puesto que aquí no se escenifican los martirios de los primeros cristianos del Japón, sino una persecución posterior, que tiene lugar a principios del siglo XVII, en el año 1617.

Por lo que respecta a esta pieza hay que indicar que no estamos ante una obra redonda, de muy alta calidad, como muchas otras a las que el Fénix nos tiene acostumbrados. El manuscrito que la contiene, fechado en 1637, se nos ha transmitido un poco estragado, con faltas de versos y errores de rimas, y es posible que al texto original, que parece obra de Lope, incorporara Mira de Amescua determinados elementos estilísticos, bastante visibles en algunos momentos líricos de la pieza. En *Los primeros mártires del Japón* se ofrecen al espectador varias acciones, de diversa tipología, cosa que en la actualidad produce a veces una sensación de confusión, de mezcla, lo que no es más que un recurso lopesco para dar variedad al argumento y calmar la cólera del español sentado, es decir, del exigente espectador de la época. Aparece al comienzo una acción de carácter político, con el encerramiento del príncipe Taiko en un lugar ajeno por completo a la civilización (tema que recuerda al Segismundo de *La vida es sueño*, de Calderón, y también al príncipe Barlaam, de la comedia *Barlaam y Josaphat*, de Lope), cuestión que se resuelve con el final de la tiranía del emperador Jisonén, y el entronizamiento de Taiko Soma. A ésta se une una acción de amor, ligada a la situación anterior, en la que el mismo Taiko, que nunca ha visto a la mujeres, se siente atraído por varias de ellas y se enamora de Quildora, con la que concluirá felizmente su pasión y, por último, la acción religiosa, la que da título a la pieza, puesto que estamos ante una comedia de santos, en torno a diversos religiosos de varias órdenes occidentales, dominicos, franciscanos, agustinos, etc., algunos de los cuales sufrirán martirio efectivo, como el dominico fray Alonso de Navarrete, reiteradamente mencionado en la obra. También tiene lugar, al final de la pieza, la conversión al cristianismo de la pareja de enamorados, Taiko y Quildora, en un rasgo ejemplarizante.

El martirio real del dominico citado, hecho acaecido en 1617, es un dato histórico que permite fijar la fecha de la comedia algún tiempo después, coincidiendo también con la expulsión de varios religiosos españoles y portugueses ver... Pedro Fernández Navarrete (1564-1632), hermano del martirizado, lo recuerda en su obra *Conservación de monarquías* (1626), junto con otro pariente, fray Alonso de Mena Navarrete, igualmente mártir, refiriéndose a la propagación y extensión de la fe católica, “plantándola con muchos trabajos en remotas provincias, y regándola con su propia sangre, como lo hizo mi glorioso hermano fray Alonso Navarrete, vicario general de la orden de Santo Domingo, en Filipinas, que después de haber peregrinado más de once mil leguas en busca del martirio, le consiguió en la isla de Tacaxima, una de las del Japón, el año de 1617, siendo el protomártir de su religión en aquellas provincias, a cuya imitación el padre fray Alonso de Mena Navarrete, mi primo hermano, hijo de la misma religión de Santo Domingo, fue quemado vivo a fuego lento en la ciudad de Vomura, con otros muchos mártires el año de mil seiscientos veinte y cuatro”<sup>31</sup>.

Como hemos podido comprobar en el somero panorama que hemos ido esbozando,

<sup>30</sup> Ver, al respecto, Roberto Castilla Pérez, “*Los mártires del Japón ¿Lope de Vega o Mira de Amescua?*”, en Roberto Castilla Pérez y Miguel González Dengra (eds.), *La teatralización de la Historia en el Siglo de Oro español. Actas del III Coloquio del Aula-Biblioteca «Mira de Amescua» celebrado en Granada del 5 al 7 de noviembre de 1999 y cuatro estudios clásicos sobre el tema*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2001 pp. 129-145.

<sup>31</sup> Pedro Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías y discursos políticos sobre la gran consulta que el consejo hizo al señor rey don Felipe Tercero*, Madrid, Benito Cano, 1792, pp. 385-386. Las aproba-

y que abarca aproximadamente un siglo (segunda mitad del XVI y primera del XVII), el interés de los españoles (y, en general; de los europeos) por aquellas lejanas regiones de la tierra era muy grande, interés que se había heredado de los viajeros medievales que vislumbraron de pasada la importancia de aquellas civilizaciones, con un tono siempre admirativo, aprecio que se ampliaba conforme pasaba el tiempo e iban llegando noticias epistolares y relaciones que insistían en lo peculiar y en lo extraordinario del Lejano Oriente. El sentido comercial, al que se une luego el carácter evangelizador de diversas órdenes religiosas, desembocará en unas relaciones políticas y culturales que se fueron acrecentando, con diversas intermitencias, conforme fueron pasando los siglos. Por nuestra parte, hemos recordado aquellos primeros contactos entre civilizaciones tan distintas y, en cierto sentido, tan complementarias como las indicadas; si Europa proyecta sobre los confines de Asia múltiples elementos de su cultura y de su religión, también recibe de allí un enorme legado de siglos y experiencias vitales que merecen nuestra más sincera admiración.

---

ciones de este libro, conservadas en esta edición dieciochesca del conocido texto arbitrista, son de 1625 y la primera edición de 1626, como ya se ha indicado. La referencia a estos dominicos mártires en el Japón, un poco traída por los pelos, se incluye a propósito de la muchedumbre de clérigos que existían entonces en España, cuyo número el canónigo Fernández Navarrete aconsejaba reducir, indicando en su discurso que no se les permitiese profesar con menos de 20 años, ni ser recibidos en ninguna religión con menos de 16. José Goñi Gaztámbide, "El licenciado Pedro Fernández Navarrete: su vida y sus obras (1564-1632)", *Berceo*, núm. 97, 1979, p.27, dice que fray Alonso de Mena Navarrete fue martirizado en 1622, y no en 1624, como señala su primo.